

Esto no quiere decir que sólo los héroes de la virtud y los santos sean hombres de honor. Abandonamos esta severidad á los estoicos; en cuanto á nosotros, no rehusamos el honor á nadie, porque no se halle todavía en la cumbre de la perfección posible.

Pero sí debemos exigir de cualquiera que ame el honor, que aspire seriamente á la virtud, que se aproveche de todos los medios que puedan hacerle mejor, y que se deje conducir y aconsejar en todo lo que forma parte de su deber y puede ayudarle á lograr la perfección.

Por eso dice todavía el proverbio con profunda sabiduría: «El consejo forma parte del honor». ⁽¹⁾

Lo mínimo que supone el honor consiste en la disposición á recibir consejos, y en la actitud para ser dirigido hacia el bien.

Por consiguiente, quien cree que la docilidad y la obediencia son incompatibles con el honor, muestra que tiene ideas falsas acerca de él.

Precisamente lo contrario es lo verdadero: sin disciplina y sin orden, no hay honor. La base primera del honor es la obediencia.

Pero allí donde el hombre se ha hecho incapaz de escuchar un consejo y de someterse á la disciplina, allí se ha dado buena cuenta del honor. Terquedad, indisciplina, rebelión á toda enseñanza, por consiguiente, desobediencia; tal es el primer paso hacia el deshonor.

5. La obediencia como distinción honorífica de la criatura racional y como la más elevada virtud.—Comprendemos que el mundo no entienda inmediatamente el sentido de esta última frase. Sus nervios se sienten medianamente conmovidos sobre este punto, y su modo de ver algo falto de equilibrio.

Por otra parte, en esta divergencia de miras con relación á nosotros, menos se trata de una mala inteligencia sobre la obediencia que sobre la idea que uno se forma del hombre.

(1) Körte, *Sprichwörter der Deutschen*, (2) 1235.

Quizás lograríamos entendernos mejor sobre ambos puntos, si considerásemos el gran honor que la obediencia es para él.

«La obediencia,—dice San Agustín—es un privilegio sublime que sólo posee la criatura racional. El caballo no puede obedecer, sino que cede á la fuerza, ya que le faltan dos condiciones para ello: la posibilidad de comprender lo que debe hacer, y la capacidad de cumplirlo por voluntad propia. Al conceder al hombre la razón y la libertad, le ha dotado Dios igualmente del poder de practicar una obediencia libre y racional». ⁽¹⁾

El hombre se aproxima á la perfección de que le hace capaz su naturaleza racional, y, por el mismo hecho, á Dios, en el mismo grado en que practica la obediencia.

Por consiguiente, la obediencia es la mayor elevación, el más alto honor y la más envidiable nobleza que puede conseguir el hombre. ⁽²⁾

El hombre halla inscrita con caracteres indelebles en su razón la verdad de que debe servir á Dios, su dueño, su bienhechor, su bien más elevado.

Dios es el único y último fin hacia el cual debe dirigir el hombre sus miradas. Todo lo demás representa únicamente el papel de medio con relación á este fin, y sólo puede ser utilizado en cuanto favorezca ó no entorpezca la obtención de este fin.

Ahora bien, en su camino encuentra el hombre tres obstáculos capaces de alejarle de su fin. Tales son: «La codicia de la carne, la codicia de los ojos y el orgullo de la vida». ⁽³⁾ De aquí que toda su vida moral gire en torno de estas tres grandes dificultades: saber utilizar los bienes temporales, saber vencerse, sobre todo en lo referente á los instintos de la sensualidad, y saber domar su inclinación al orgullo.

Cuanto más peligros ofrece uno de estos obstáculos des-

(1) Augustin., *Civ. Dei*, 13, 20; *Gen. ad litt.*, 8, 6, 12.

(2) Rosignol., *Christ. perfect.*, 5, 3.

(3) I Ioan., II, 16.

de el punto de vista de la obtención del fin más elevado, más difícil es vencer, y más importante y honrosa es la virtud que de él triunfa.

Ahora bien, aquello á que más se adhiere el hombre es su propio sentimiento, su voluntad propia. Aunque renuncie á todo, se reserva todavía este punto, y la práctica de todas las virtudes se convierte para él todavía con mucha facilidad en medio de alimentar su adhesión á sí mismo. Aplícanse también aquí á la letra las palabras de la sagrada Biblia: «El hombre dará siempre la piel de otro por conservar la suya propia, y abandonará de buena gana cuanto posee por salvar su vida». ⁽¹⁾

Así, pues, mientras no sacrifique su propia voluntad, todos los demás sacrificios no significan gran cosa, ni le conducen á su fin.

Sólo el sacrificio de sí mismo, el más grande y difícil de todos los sacrificios, es el que le conduce á Dios, y da á todos los demás que puede hacer, su valor y la fuerza de unirle á su último fin.

Fácil es, pues, de ver que, aun desde el punto de vista de la moral natural, la obediencia es la virtud que exige más trabajos, pero también es la más perfecta de las virtudes morales hacia las cuales puede elevarse la criatura racional. ⁽²⁾

6. La obediencia como la más indispensable virtud natural.—Resulta además de esto que, entre las virtudes naturales prácticas,—exceptuamos las virtudes sobrenaturales, sobre todo las teologales,—la obediencia es la más indispensable.

Evidentemente, sólo encuentra esto su aplicación tratándose de las virtudes llamadas morales, en el sentido más estricto de la palabra. Entre las virtudes naturales en general, la virtud intelectual de la prudencia—la Edad Media decía modestia—es ciertamente la más necesaria.

(1) Iob, II, 4.

(2) Thomas, 2, 2, q. 104, a. 3. Antonin., 4, t. 5, c. 11, § 1. Rainer, a Pisis, *Pantheologia v. obed.*, c. 5 (3), § 2. Phil. aS. Trin., *Myst.*, III, tr. 2, d. 2, a. 4.

Pero cuanto más rara y difícil es esta virtud, mayor es la importancia de la docilidad, con la cual puede ser reemplazada la misma falta de prudencia. ⁽¹⁾ Por otra parte, la prudencia y la mayor suma de ciencia humana no podrían prescindir de auxilio extraño, ya que la aptitud para ser enseñado es parte esencial y nota característica de la prudencia. ⁽²⁾ Del mismo modo, hecho es conocido de todos que los espíritus limitados, que consideran lo poco que saben como la más vasta ciencia, son igualmente los más rebeldes á someterse á una enseñanza, y que, por lo contrario, es fácil aconsejar y dirigir á hombres inteligentes, porque saben que los mortales son falibles.

De aquí que la disciplina y la docilidad en seguir una dirección son, no sólo necesarias á la juventud, sino también á la edad madura. ⁽³⁾

Lo que la salud al cuerpo, es la disciplina al alma. ⁽⁴⁾ Lo que el alimento ó la medicina para la salud física, es la obediencia para salud espiritual.

Además, la naturaleza indica ya á cada uno la necesidad de buscar cerca de sus semejantes un apoyo en los esfuerzos hacia la perfección.

El que no experimenta esta necesidad; el que llega hasta sentir molestia cuando se trata de pedir auxilio y consejo á otros, se nos ofrece como alguien que se ha despojado de nuestra naturaleza, y se ha revestido de los instintos propios de los animales del desierto. ⁽⁵⁾

Cuando uno llega hasta creer que se rebaja aceptando auxilio del prójimo, nos sentimos tan extrañados de su conducta como de la de un pobre que se cree ofendido cuando un corazón compasivo quiere darle limosna.

Tres cosas hay que no son una vergüenza para nadie, aunque fuese un Salomón por la sabiduría y un Alejan-

(1) Bernard., *In Circumcis. Dom. S.*, 3, 11.

(2) Thomas, 2, 2, q. 49, a. 3. Macrob., *Sonn. Scip.*, 1, 8.

(3) Aristot., *Ethica* 10, 9 (10), 9.

(4) Aristot., *Rhetor. ad Alexandr.*, introd.

(5) Maximus Tyr., *Dissert.* 32. 9.

dro por el poder. Tales son: escuchar, reflexionar y aprovecharse de los consejos y de las reflexiones.

Pero cuando uno no es un Salomón, y, no obstante, se muestra demasiado orgulloso para aceptar lo que el mismo Salomón, y él sobre todo, hubiese aceptado con gratitud, ni merece ser un Salomón, ni llegará á serlo jamás.

De aquí los proverbios siguientes: «No puede ayudarse al que no admite consejo». «El amor propio turba la limpidez de la mirada». «La seguridad no está segura en parte alguna». «La seguridad es la primera causa de las desgracias». «El que se avergüenza de preguntar, se avergüenza de aprender». ⁽¹⁾ «Pregunta mucho y sabrás mucho». «Después de obrar, el mismo insensato comprende el consejo que se le había dado». «No fué ciertamente un insensato quien inventó el estudio». «Nadie es demasiado viejo para aprender». «El que pide consejo puede ser ayudado». «El consejo y la acción hacen al hombre». ⁽²⁾

Todos estos proverbios enseñan por modo muy comprensible la racionalidad y necesidad de la obediencia.

7. La obediencia como virtud sobrenatural.—Pero, ¿cómo es posible que, no obstante todas las razones que recomiendan tanto esta virtud, sea tan rara su práctica? Se la alaba y no se la ama. La deseamos en los demás, pero, en cuanto á nosotros, huímos de ella. Se admite que la obediencia es la base de todo orden, y que allí donde falta la obediencia, no puede existir ningún orden. ⁽³⁾ Sin embargo, se trabaja tanto como se puede para destruir esta base indispensable al derecho y al reposo. ¿De dónde semejante contradicción?

No es difícil comprenderlo. Ciertamente es que la obediencia supone determinada abnegación personal y determinados sentimientos de humildad. Sin humildad, no es posible la verdadera obediencia. ⁽⁴⁾ La humildad es la única base so-

(1) Körte, *Sprichwörter der Deutschen*, (2) 1310, 6921, 6922, 1822. Wanderer, *Sprichwörterlexikon*, I, 1097, n.º 103.

(2) Körte, (2) 4743, 1823, 7624, 4746 y sig., 6143 y sig.

(3) Graf und Dietherr, *Deutsche Rechtssprichw.*, 496 (9, 57, 58).

(4) Augustin., *Civ. Dei*, 14, 13, 1.

bre que puede crecer el árbol de la obediencia. ⁽¹⁾ Pero la humildad es igualmente una de esas virtudes que se complace uno de hallar en los demás tanto como poco desea practicarla él mismo.

Hay todavía otra razón de semejante contradicción, idéntica á la que hace condenar la servidumbre del dinero, no obstante aceptarla uno con júbilo, idéntica á la que conduce á los panegiristas de la pureza del corazón á las cadenas del placer, cadenas que, sin embargo, detestan y desprecian.

El hombre se ha alejado de su fin. Desde entonces, no acierta á encontrar, con las fuerzas de que dispone, el puesto exacto que le conviene con relación á él, á las criaturas y á sí mismo. Ya no puede enseñorearse de las cosas de este mundo, ni de su propia capacidad é inclinación, las cuales le han sido dadas para alcanzar su fin, es decir, para perfeccionarse á sí mismo sirviendo á Dios. Por obra de un justo castigo, rehúsanle ellas la obediencia después que él se le ha rehusado á Dios, su último fin. ⁽²⁾ Entonces, lo que le fué dado como un medio para alcanzar su fin, se ha cambiado en obstáculo que le hace más difícil la obtención de este fin. Desprecia á Mammón, y está encadenado por él. Se avergüenza de sus movimientos sensuales, y se sumerge en el fango. Se queja de las cadenas de hierro de su terquedad y del yugo á que lo ha sometido el orgullo; pero desgraciado del que quiera obligarle á quebrantarlos y á doblegar su espíritu á la obediencia y á la humildad.

En nombre de todos estos desgraciados, llenos de contradicciones y debilidades, alguien exclamó un día: «¿Pero qué, lo que es en sí bueno, me ha causado á mí la muerte? Pero yo por mí soy carnal, vendido para ser esclavo del pecado. Aunque hallo en mí la voluntad para hacer el bien, no la hallo para cumplirlo. De aquí es que me complazco en la ley de Dios según el hombre interior. Pero al mis-

(1) Ioan. Climac., *Scala, gr.*, 4, *schol.*, 63.

(2) Augustin., *Civ. Dei*, 13, 13; 14, 17.

mo tiempo echo de ver otra ley en mis miembros, la cual resiste á la ley de mi espíritu, y me sojuzga á la ley del pecado que está en los miembros de mi cuerpo. ¡Oh qué infeliz soy yo! ¿Quién me libertará de este cuerpo de muerte? Solamente la gracia de Dios por los méritos de Jesucristo Señor nuestro». ⁽¹⁾

Así volvemos siempre á la misma respuesta; sólo que la necesidad de la gracia sobrenatural se impone tanto más fuertemente á nosotros, cuanto que más alto nos elevamos, y virtudes más difíciles anhelamos.

Sin la gracia, no hay humildad ni mortificación, ni castidad, ni, sobre todo, obediencia interior.

Si el espíritu, por sus propias fuerzas, ni siquiera puede desligarse del polvo de la tierra, ni de los bajos instintos de la sensualidad, ¿cómo se elevará por encima de sí mismo sin el auxilio de un poder más elevado que se encargue de obrar en él esta separación, de ese poder «vivo y eficaz, y más penetrante que cualquiera espada de dos filos, que entra y penetra hasta los pliegues del alma y del espíritu, hasta las junturas y tuétanos?» ⁽²⁾

Sin duda que puede uno encontrar muy bella la obediencia desde el punto de vista natural, y decir de ella cosas magníficas. Pero confesémoslo francamente. Hablando desde el punto de vista de la inclinación de nuestra naturaleza, ¿quién es el que no prefiere ser su propio dueño? ¿Quién es el que no prefiere su opinión personal, aunque vea que la de otro está fundada en motivos que valen cien veces más? ¿Quién no prefiere hacer su voluntad, que hacer la voluntad de otro?

Puede uno hacer gran caso de la obediencia, y admirar al que se somete á los sacrificios que ella exige. Este respeto puede ser tanto mayor cuanto que menos capaz se sienta uno de hacer otro tanto.

Pero, al obrar así, no se ha ganado gran cosa en la práctica de esta virtud.

(1) Rom., VII, 13, 14, 18, 22 y sig.

(2) Hebr., IV, 12.

Tampoco hará ciertamente grandes progresos en el dominio de la moral puramente natural. La sumisión externa y el respeto á una obediencia interna perfecta en los que son capaces de practicarla, son el grado más elevado á que puede remontarse la naturaleza. Pero no es esta la obediencia cristiana, la cual es la sumisión, no sólo en las cosas externas, sino la sumisión de la voluntad, y, lo que todavía es más difícil y exige una perfección mayor, la sumisión de la cabeza y del corazón. Porque todas estas cuatro cosas son inseparables para que la obediencia sea una virtud completa. Ahora bien, ¿quién se cree capaz de dominar la naturaleza hasta el punto de osar prometerse semejante virtud?

8. Las dos condiciones que pide la obediencia.—

Á decir verdad, hay que añadir que apenas se puede lograr la obediencia como virtud interior del corazón, si no median dos condiciones preliminares: la de reconocer al superior como representante de Dios, y la de entregar el corazón á Dios por el sacrificio de la obediencia.

Pero ambas condiciones difícilmente se realizarán como es debido allí donde el punto de vista sobrenatural de las cosas no conduzca á la completa victoria.

No hay que acusar al hombre porque se muestre orgulloso de su libertad. En efecto, es ella un honor tan elevado y tan grande, que nunca le concederá la importancia que merece. ¿Cómo, por simples motivos naturales, renunciaría él en favor de otro el derecho de disponer de su más sublime privilegio, por cuanto aquél en cuyo favor renunciaría no forma parte de una clase de seres más elevados que él, ni lleva en su naturaleza signo alguno distinto que supere la excelencia de la propia libertad? ⁽¹⁾

Esta es la razón por la cual exigir la obediencia de quien no cree en la intervención de Dios en el mundo, en otros términos, pedirle que no haga uso de su libertad para sí, sino que ejecute libremente la voluntad de otro en vez de la suya, es ciertamente algo muy irritante. Puede uno ca-

(1) Gregor. Magn., *Mor.*, 21, 23: 26, 46.

llarse, ceder, someterse á la necesidad, como el soldado; pero dirá en el fondo de su corazón que semejante exigencia es injusta.

Aceptar la opinión de otro, hacer libremente la voluntad de otro, abdicando voluntariamente de sus propias miras y preferencias, sólo es posible á aquél que cree firmemente que la sabiduría y voluntad de Dios se manifiestan también en las cosas de aquí bajo y en nuestro destino.

Por consiguiente, la verdadera obediencia interna supone desde luego la creencia en el gobierno divino de las cosas y de los hombres. Sin esta creencia, la obediencia, tal como la exige el Cristianismo, la religión de la verdad y de lo interior, es imposible.

Aquel que no tiene la convicción de que el que exige de nosotros la obediencia manda á nuestra voluntad en lugar de Dios, cuyos derechos y poder ejerce, ó bien no conoce la verdadera obediencia, ó bien es un esclavo ó un hipócrita. ⁽¹⁾

La obediencia libre, jovial, interna, como los santos la han practicado, sólo es posible cuando uno piensa y obra como ellos mismos lo hicieron:

«Siempre y en todas partes serviré al único Salvador Jesús. Durante toda mi vida será Él mi soberano. Siempre le serviré como un buen vasallo. Poco me importa que su palabra pase por cualquier boca que sea, y que sea dulce ó dura: siempre ejecutaré sus órdenes». ⁽²⁾

Pero no basta tener esta convicción únicamente en la cabeza, sino que debemos también grabarla profundamente en nuestro corazón.

Esto no quiere decir que la obediencia exista únicamente cuando uno ejecuta con alegría lo que le es ordenado.

Bajo este concepto, muchos superiores son tan injustos como poco sinceros muchos subordinados, y esto en detrimento recíproco de ellos.

(1) Basil., *Constitut. Monast.*, 22, 2, 3. Bernard., *Præcept. et dispensat.*, 9, 19. Rodríguez, 3, 5, 11, 12.

(2) Cynewulf, *Guthlac*, 6, 570 y sig.

Hay superiores que no se cansan de hablar de la dulzura de la obediencia. Proviene esto de que ellos mismos no han sabido jamás lo que es la obediencia ó lo han olvidado. Hay también necesidad de aprender á mandar, lo que ciertamente es una ciencia mucho más difícil de lo que creen los que con tanta facilidad mandan. Ahora bien, la verdadera ciencia de mandar es la obediencia. ⁽¹⁾ Aristóteles habla ya de un viejo proverbio que decía que no puede mandar quien no puede obedecer, ⁽²⁾ y que sólo será un buen superior quien empiece por ser un buen subordinado. ⁽³⁾

Sin embargo, con mucha frecuencia son también culpables los subordinados. Para hacerse ver, ó para infundir de sí mismos buena opinión, fingen á menudo obedecer todas las órdenes de sus superiores. Pero sea que teman confesar la verdad, sea que crean realmente que la obediencia exige que uno no experimente dificultad en obedecer, sino sólo placer, poco importa; viven en el error.

Ciertamente, nadie practicó jamás la obediencia por modo tan perfecto como el Hijo de Dios. Que viniese al mundo para realizar este fin, ó que desease toda su vida cumplirlo, ⁽⁴⁾ no fué esto óbice para que experimentase á veces luchas terribles cuando se trataba de someterse á él, luchas tales que rogó y conjuró á su Padre, por espacio de tres horas para que le ahorrara aquellas luchas que le hicieron sudar sangre por todos los poros de su cuerpo. En aquellos momentos, nada había de alegre ni de regocijante para Él. Pero esto es precisamente lo que hizo tan perfecta su obediencia.

Así, el sacrificio de la obediencia puede á veces exigir de nosotros mucha abnegación personal; pero en esto precisamente consiste su mérito y su grandeza.

Por consiguiente, si el corazón debe también tomar par-

(1) Cassian., *Inst.*, 2, 3. Bernard., *Vita S. Malach.*, 2, 4.

(2) Aristot., *Polít.*, 3, 2 (4), 9.

(3) *Ibid.*, 7, 13 (14), 4.

(4) Luc., XII, 50.